

En recuerdo de Alfonso Comín: esbozo para un testimonio

JOSEP M.^a ROVIRA BELLOSO.
Prof. de Teología. Barcelona.

1. Uno de los proyectos de Alfonso Comín era el de escribir un libro "A un Obispo" y otro semejante "A un Secretario General del Partido". Un día, ya enfermo pero todavía vibrante y tenso ante la llamada a la acción, me contó en Castelltersol —su lugar de descanso y trabajo intelectual— la técnica que pensaba seguir en la composición de ambos libros: Empezaría dirigiéndose a un obispo determinado. Luego, casi sin solución de continuidad, cambiaría de interlocutor: si el primero era un obispo "pastoral", ahora el destinatario sería un hombre de pensamiento. Luego, en etapas sucesivas, irían cambiando los interlocutores: al obispo conservador sucedería el comprometido obispo del tercer mundo, luego el gran señor escéptico, luego el observante estricto dedicado a la oración y a la penitencia... Lo mismo había de ocurrir con el libro dirigido a un Secretario del P. C.

Pues bien: yo querría ahora imitar esta técnica que me contó Alfonso. Querría explicar quién fue ese hombre, cuál fue su testimonio, al sacerdote rural ya mayor, temeroso del compromiso político del personaje que estoy evocando; querría, cambiando de interlocutor, narrar al presbítero joven la entrega y la pasión (pasión, en sentido religioso estricto) que fue-

ron el modo de ser de Comín; quisiera que mis colegas de las Facultades de Teología analizaran las motivaciones y los temas teóricos de Alfonso con el mismo rigor que pondrían, pongo por caso, en estudiar a Emmanuel Mounier o a Ernest Bloch; y todavía me gustaría preguntar con sencillez a la Jerarquía si, en lo sucesivo, no habrá de preocuparse por aceptar la calidad del testimonio religioso de Comín. Dicho con otras palabras: ¿acaso en Alfonso Comín no se dan algunos de los rasgos de la desconcertante santidad cristiana? Me gustaría —ya es pedir— tener finalmente como lectores de esta narración o semblanza a los propios hijos de este hombre lanzado a la acción y contemplativo: a los dos chicos y a las dos chicas a quienes, junto con la esposa María Lluïsa, pertenece más que a nadie este Alfonso Comín que, con su muerte, se ha hecho ya de todos.

2. De cara a los distintos tipos de sacerdotes que he mencionado, el aspecto más difícil de entender —aparentemente más contradictorio en la personalidad del cristiano Comín— es el de su concreta militancia política.

Tanto es así que, al menos en Barcelona, han sido bastantes los creyentes que han solventado esta cuestión separando al máximo estas dos dimensiones —la política y la religiosa— que se daban cita en la misma persona: han dicho con cortés admiración que ellos reconocían su cristianismo a pesar de su discrepancia política, pero no se preguntaban por la relación que en la persona de Alfonso tenían ambas actitudes. Las contemplaban como perfectamente separables: y en la medida que se consideraba un error la militancia política de Comín se consideraba asimismo ilusoria y desprovista de fundamento su ambición de unir “cristianismo y socialismo comunista”.

Joaquín Ruiz-Giménez, en cambio, ha insistido en que de este modo no se llega a comprender el mensaje concreto de este hombre. Ha insistido en que la persona de Comín se debía considerar como una totalidad indivisible, y ha dicho ésto a pesar de que él, como es público y notorio, no participa de la militancia marxista.

Muy parecida es mi posición: Estoy de acuerdo en que, a nivel abstracto son dos magnitudes distintas fe cristiana y compromiso político, pero quisiera explicar a más de un cristiano y a más de un sacerdote por qué voy a tomar la personalidad de Comín como una totalidad indivisible a pesar de que yo tampoco me cuento en las filas de su partido. Voy a tomarla así

—dicho en síntesis— porque de otro modo no captaríamos su testimonio específico, el cual me parece dirigido incluso en su dimensión “social” más allá de las filas de su propia militancia y, por cierto, en un sentido nada proselitista: en el sentido de un profundo testimonio humano y evangélico.

Todavía puede ser clarificador que declare mi interés perfectamente confesable en estas notas tan largamente pensadas y, proporcionalmente tan rápidamente escritas: me interesa presentarlo aquí como testigo cristiano. Todo cuanto deberé decir sobre cuestiones políticas se debe a lo ya apuntado: creo que su testimonio como cristiano no puede excluir su opción terrestre por la clase obrera. La inclusión de este aspecto de su vida me llevará a tratar también de lo que pudiera parecer adyacente o marginal a su opción cristiana, cuando —de hecho— ahí está la unidad de su vida y la unidad de su interpelación. Eso quiero explicar.

3. Si olvidamos las raíces de la militancia política concreta de Comín creo que tampoco entenderemos el proyecto práctico y teórico de su vida.

En un momento dado, muy pocos años después de su matrimonio, no sólo de acuerdo con su esposa sino también con la iniciativa de ésta, Alfonso Comín deja la carrera de ingeniero, deja el suelo de Barcelona y comparte la suerte de la clase trabajadora en tierras del Sur: en Málaga, donde —preciso es decirlo— la vida del matrimonio se asemeja en radicalidad y en pobreza evangélica a la de los hermanitos del Padre de Foucauld. Si no se valora debidamente esta experiencia de Málaga, determinante en la vida de los jóvenes esposos, no se entiende nada de su evolución posterior. Málaga representa para el matrimonio Comín lo que muchos llamarán luego con relativa superficialidad la “opción de clase”. Digo “superficialidad” en el sentido de que para muchos será algo más idealmente pensado que realmente vivido.

Aquí no. Aquí hay un desgajamiento —ruptura— con el mundo anterior que bien puede calificarse de burgués e idealista. Aquí hay una inserción real en las luchas y en las esperanzas de la clase obrera. Aquí empieza la imposibilidad de separar en la persona de Alfonso su cristianismo vivido y su opción de

clase. Porque esta inserción en un mundo muy otro que el de su adolescencia, la vive Alfonso con motivación evangélica y con radicalidad evangélica. En su persona, las bienaventuranzas, y concretamente la primera "Bienaventurados los pobres", se funde con el tomar parte por el clamor real de una clase marginada.

Y aquí empieza el proyecto pensado y vivido de Alfonso: ¡No puede ser que la Iglesia —el movimiento de la práctica de Jesús pobre y liberador— se identifique con las fuerzas de la burguesía vencedoras de una guerra como la española! No puede ser que se abra y se profundice un abismo entre los oprimidos y los despojados de siempre y el cristianismo, eclesial y evangélico:

«Cada vez fuimos más numerosos quienes entendimos que la fidelidad a la Palabra no podía estar en contra de un pueblo colocado de forma visible de un lado de la barricada». (*La reconstrucción de la Palabra*, Madrid, 1977, p. 246).

A partir de ahí, el proyecto teórico y vital de Alfonso no es simplemente idealista: no consiste en atribuir idealmente al cristianismo una serie de atributos mentales como por ejemplo "evangélico" o "liberador". De la misma manera que no consistirá en atribuir mentalmente a la Iglesia los calificativos de "libre, sirvienta y pobre", dejando que todo siga igual.

Este proyecto sólo puede realizarse si se cierra aquel abismo entre la Iglesia y las clases populares; sólo puede realizarse si el maridaje nacional-católico entre la Iglesia y el Estado se cuarteja por la fuerza de la ruptura evangélica que una Iglesia que trasciende al mundo está creando al tomar la parte y el destino de los desheredados.

Toda la parábola de la vida de Alfonso está ya contenida en la opción de Málaga. Si Leonardo Boff ha afirmado que se necesita un "contexto social" —un "desde dónde"— para entender la Cristología, he aquí que Alfonso hará de su inserción en la España desposeída su contexto ético-social para comprender el cristianismo. Esto no es una simple interpretación mía. Uno de sus libros me lo dedicó con esta pregunta breve e incisiva como una saeta, que resultaría enigmática fuera de este contexto que acabo de narrar pero que en él se vuelve luminosa. Me escribió: "Josep M.ª, ¿cómo penetrar lo cristiano? Fraternalmente, Alfonso". ¿Cómo penetrar el evangelio? desde la misma situación en que se escribió: desde los pobres y oprimidos.

4. Esto es lo fundamental: lo acertado de su opción vivida. Pero no hay que detenerse tan sólo en lo acertado de su orientación sino en la intensidad en que vivió esta orientación.

Quiero decir que me parece una constante de Alfonso el hecho de que el termómetro de sus actitudes fuera casi siempre más intenso, más radical y simple, más lógico y sencillo, más activo y realizador, más alegre y emprendedor que el baremo del común de los mortales. Es algo que observé también en otra personalidad testimonial que tuve la suerte de tratar: Mossen Manuel Bonet, el sacerdote catalán que vivió en Roma la aventura del Concilio, antes, después y durante el mismo. Ambos personajes tenían algo así como una ausencia de temor por los riesgos, una ausencia de cálculo o de interés personal que dan a sus posturas un toque de practicidad y de hondura evangélica, todo de una pieza.

Esto creo que hace entender todo lo que significó la "opción de Málaga". Bien puede llamarse "opción fundamental" porque cuando el común de los mortales estábamos en Barcelona pensando qué tipo de pobreza, matizada y posible, estaba a nuestro alcance, el matrimonio Comín traspasaba esa puerta invisible —impalpable pero paralizante— esa sutil pared que nos inmovilizaba. Ellos la traspasaron y, permitidme la hipérbole "lograron lo imposible" ... "con la gracia de Dios". Está fue la razón de que Comín, siendo de nuestra misma tela, fuera en cierto modo distinto de sus compañeros: su escala era más exigente, más seria, más alegre, más vital, más evangélica.

5. El lector me perdonará el énfasis que he puesto en el punto anterior, pero él nos da pie para entender ese otro "imposible" que Alfonso llegó a lograr y al que me he referido ya: en los años sesenta y en España, se suponía —se daba por supuesto— que el evangelio pasaba por la construcción de una sociedad y de un Estado autoritario en el cual la clase dirigente se entendía que estaba constituida por los patriotas, por los católicos, por las buenas personas de toda la vida. Pero estos eran los "ricos"; y los "pobres" eran la clase obrera derrotada en 1939, la "otra España", y sobre todo las olas sucesivas de inmigrantes que quizá fueron en realidad las víctimas desconocidas de nuestra guerra civil. Comín, junto con todo el grupo

“El grano de Mostaza” ven la contradicción y luchan por un “bouleversement des aliances” que parecía imposible: el evangelio vuelve a ser el alegre mensaje de la liberación real de los pobres, la realización literal —real— del plan de Dios tal como María lo canta en el “Magnificat”, me comentaba una vez Alfonso mientras lo rezaba, también en Castelltersol.

Esta contradicción —una Iglesia situada con carga de poder político en el vértice del Estado vertical del franquismo— no se podía deshacer con una simple pirueta ideológica ni siquiera con una simple actitud bien orientada ideológicamente (por eso di énfasis al apartado anterior). Esta contradicción era tan fuerte y tanta gente de buena fe la tenía como lo más natural, que deshacerla costó sangre y lágrimas: Requería una postura honda y firme que a Ruiz-Giménez le desposeía de cargos y de prestigio, y a un buen grupo de hombres de fe o de buena voluntad les llevó a la cárcel Modelo. ¡Parece un sueño, en la actualidad, recordar las visitas que tuve el honor de realizar a aquellos presos políticos que hoy día militan en partidos distintos, pero que vivieron un codo a codo inolvidable!

Si algunos, pues, confundieron la posición honda y profundamente asimilada y vivida de Alfonso con la pirueta feliz del equilibrista, quiero pensar que se debió, sin duda, a que confundieron la manera de ser alegre y combativa de Alfonso —“ligera” como la de David en el Antiguo Testamento o como la de Juan Marcos en el Nuevo— con la facilidad superficial. Alfonso no fue nunca un superficial, aunque sus actitudes no tenían la solemnidad de la tragedia griega, sino una mezcla de “confiada audacia” y de empleo de los medios “ligeros” —las bienaventuranzas, la palabra de Dios, la libertad— en vez de los medios “pesados”: el dinero, el poder, el prestigio. También esto es importante en esta hora de recuento acerca de la intensidad y la calidad de su testimonio.

6. Así Alfonso se identificó —se crucificó— con su propia imagen de hombre cristiano comprometido con la suerte, la lucha y la esperanza de la clase obrera en tanto que clase oprimida.

Y no puede negarse que se convirtió en símbolo de la unión de la Iglesia con los pobres y los desposeídos de la tierra; símbolo, en negativo, de la ruptura de la Iglesia con el poder dominante. No sólo le veíamos así nosotros. Para los que no tenían

la fe cristiana, Alfonso no sólo fue un interrogante sino la nostalgia de una tierra de promisión tal vez olvidada: la posibilidad de una esperanza honesta y limpia. A mi humilde entender, me parece que este símbolo era real porque el Señor lo había marcado con su sello: con esta vocación y este destino. A mi humilde parecer no sólo Alfonso buscaba al Señor sino que el Señor le había encontrado a él, le había seducido y le había hecho caminar por donde Alfonso sabía y quería y por donde Alfonso no sabía y ciertamente no deseaba (estoy pensando en los seis últimos meses de su existencia, tan intensa, tan simplificada en una suprema paz).

7. No fueron muchos los cristianos que realizaron el compromiso serio y de por vida con los pobres y oprimidos. De entre los que lo hicieron no todos militaron en las filas del Partido Comunista sino que lo hicieron en otros partidos de izquierda.

He aquí lo que quisiera decir con seriedad a propósito del testimonio universal más que partidista de Alfonso Comín: esta opción política de los cristianos por la izquierda no debe ser considerada como una moda “progre”, sino como una clarificación y como un proceso difícil y a veces dramático: estos cristianos de izquierda creen que su militancia plural en este campo es la manera práctica de dar cuerpo real a su compromiso y opción por la clase trabajadora. Para ellos esta fidelidad al interés de los oprimidos es de hecho el más alto valor *político* (subrayo la palabra político: no hablo aquí de valores de arte, religión, etc.).

Me complace decir, en honor a la verdad, que precisamente en tiempo de elecciones tan propicio a tomas de postura más politizadas que clarificadoras, un Obispo Auxiliar de Barcelona, Monseñor José M.^a Guix, fue sensible al desafío que sentían más de un trabajador, más de un intelectual, más de un religioso o de una religiosa cuando se planteaban su voto de acuerdo con su conciencia cristiana y solucionaban la cuestión dando su sufragio a las izquierdas, ya que ellas representaban los intereses de los trabajadores aunque *a priori* sus programas no coincidiesen, o discrepasen en puntos concretos como la escuela o las cuestiones matrimoniales, con la llamada Doctrina social de la Iglesia. Monseñor Guix aceptaba que, en la comunión eclesial,

hubiera cristianos que hicieran en conciencia esta opción “arriesgada” (¿qué opción no es “arriesgada” podríamos añadir nosotros?).

Esta es, pues, la raíz común entre Alfonso Comín y otros cristianos que no vieron la necesidad de concretar su compromiso político y su opción de clase en la militancia comunista. Ello dio lugar a un pluralismo de derecho, y sinceramente creo que de hecho, en “Cristianos por el Socialismo”, uno de los movimientos fundado y alentado por Comín. Dentro de “Cristianos” había diversas opciones políticas que tenían una base común: la fidelidad a una clase que, como conjunto, corre el riesgo de irse empobreciendo cada vez más dentro del conjunto mayor de nuestra sociedad.

8. Pero todavía quiero hablar más de pluralismo para deshacer equívocos que se han ido tejiendo en torno a Comín.

Hubo un tiempo en que algunos “celosos” —y quizá más aún los recelosos— solían atribuir a “Cristianos por el Socialismo” la postura avasallante de presentarse como la única opción posible para un cristiano que quisiera ser coherente con su fe.

Yo quiero recordar a este propósito que Alfonso puso eficazmente en circulación esta otra frase alternativa: “Cristianos por el Socialismo” debe ser admitida como una de las opciones legítimas dentro de la comunión eclesial: debe adquirir “carta de naturaleza” en la Iglesia y serle reconocida por su Jerarquía.

Es el momento de decir que Alfonso, un buen batallador que combatió eficazmente por la causa de la paz, respetaba en la teoría y en la práctica de “Cristianos por el Socialismo” o de la vida civil, a las otras opciones de izquierda distintas de la suya. Y a quienes queríamos servir a los oprimidos desde nuestra misión concreta de curas sin adscripción de partido nunca nos presentó Alfonso su opción comunista como la única válida; nunca me reprochó mi opción personal; nunca empleó forma alguna de proselitismo para llevarla hasta la suya propia.

Pienso que también en esto Alfonso era profético tanto para los hermanos de su propia Iglesia como para los compañeros de su propio partido, quienes no dudo ven en él una forma muy limpia —siempre la limpieza de corazón hablando de Comín— una forma muy limpia de ser socialista en profundidad y sin dogmatismo.

De hecho Alfonso respetaba, aún sin compartirla, la posición de quienes —no habiendo hecho una opción de clase— creían que las actitudes de centro o de centro-izquierda eran apropiadas para conseguir el bien de todos.

Comín *respetaba*. Pero *exigía* con la palabra y con la acción que se reconociera su propia postura de opción de clase e incluso su propia postura comunista como dotadas de carta de naturaleza dentro del abanico de posturas posibles para un verdadero creyente. De ahí su lucha para que “Cristianos por el Socialismo” fuera reconocido como una de las opciones legítimas dentro de la única Iglesia: “*En pertenencia crítica con la institución eclesial*” recuerdo que fue la frase que, en San Cugat del Vallés, exorcizó el señuelo de una “Iglesia paralela” en la que no creo que Alfonso pensara nunca como en una verdadera alternativa a la única Iglesia; una alternativa incapaz de solventar las contradicciones que planteaba la “doble” militancia porque creaba otras mayores.

Esta lúcida actitud que reconoce la pluralidad de opciones reclamando la legitimidad de la suya propia, permitía a Comín aceptar con garbo la pluralidad y moverse en ella con civismo, sin caer nunca en un pragmatismo vago o en un humanitarismo doctrinario e idealista. Esta actitud tan pensada en un hombre que no temía el desbordamiento combativo me movió a decir en su funeral que había una frontera que en su afán luchador, y como buen intelectual, no traspasó nunca: la del fanatismo. Quede todo esto bien claro para mostrar que Comín, aunque consideraba que en su propia persona adquirían unidad privada y pública su fe y su militancia política, nunca predicó que esta última derivara inexorablemente de la primera como única opción posible:

«La opción política del cristiano pasa por su opción de clase, no se 'deduce' de su fe». (*Cristianos en el Partido, comunistas en la Iglesia*, p. 75).

¿No es este bello aforismo la más exacta comprobación de todo cuanto he ido diciendo?

9. He aquí, en resumen, por qué he tenido interés en presentar la figura de Comín como *una totalidad religioso-política*: Porque aún los que no participamos de su concreta opción de partido no me parece que podamos decir con tranquilidad: “A mí su testimonio no me concierne puesto que su opción política no es la mía”. O bien: “No me concierne porque quiso unir dos

magnitudes abstractas que son incompatibles entre sí como el agua y el aceite". Estas posturas, como he intentado decir, no tienen en cuenta que lo radical en Comín —lo que es raíz y centro de su actitud y de su testimonio, aquello que nos está diciendo a gritos— es su *fidelidad a la clase obrera en nombre de la fe* y, por tanto, su deseo de unir esta fe y esta fidelidad que el devenir histórico había separado. Este es el testimonio que nos interpela a todos, cristianos y no cristianos, comunistas y no comunistas.

Para realizar esta actitud de "doble fidelidad" (alguna vez le había dicho explícitamente que, en su persona, se trataba de una única fidelidad que como una elipse tenía dos polos) Comín emprendió un camino no trillado, sumamente dramático: militó sucesivamente en partidos laicos tales como el FOC, Bandera Roja y el PSUC, para dar cuerpo y veracidad a su opción de clase.

A partir de aquí la interpelación a personas de diferentes opciones políticas se mantiene con toda su fuerza. Y a partir de aquí —y estaba a punto de decir que sólo a partir de aquí— podrá decirse con lógica y con honestidad interior: para mí, la fidelidad de clase *pasa* (o *no pasa*) por el partido comunista. Incluso se podrá decir: para mí, el bien de todos —incluso el de la clase obrera— no pasa por la lucha de clases, no pasa por un partido de izquierda sino por un compromiso. Mucha gente, en verdad, viene a decir esto último. Pero que quede claro, en verdad, que los intereses de los desposeídos —los intereses de este conjunto que en el conjunto mayor de la sociedad está en situación de dependencia, empobrecimiento y de carencias esenciales— estos intereses literalmente "no pueden estar dejados de la mano de Dios". Esto es lo que, por mi cuenta y riesgo teológicos quisiera añadir.

10. Queda el problema crítico.

Quisiera pedir al lector que recurriera a su imaginación: ¿cómo imaginamos que va a evolucionar teórica y prácticamente el movimiento de praxis y de pensamiento que es el marxismo? Me parece que así como Comín deseaba asistir a una evolución interior de la Iglesia, en la que sin reduccionismo de la fe se viviera una puesta en práctica radical del Vaticano II que llevara a hacerla "pobre, sirviente y libre", sin poder mundano hacia el exterior y sin adherencias feudales o absolutistas hacia

el interior, compartiendo la suerte de Jesús y de los pobres, asimismo apuntaba Alfonso hacia una evolución de los partidos comunistas que, manteniendo su fidelidad a los intereses de las clases trabajadoras, se abrieran a la raíz de la libertad, tanto en el interior del partido como hacia el exterior, de forma que ese partido no pretendiera erigirse en el único partido de la clase trabajadora o en el único partido del Estado.

Creo que hacia esta evolución crítica apuntaba Comín, quien no en vano tituló "Cristianismo y Socialismo en libertad" la Jornada de Diálogo que se celebró en Barcelona el 26 de Mayo de 1979.

11. ¿Con qué utillaje intelectual expresaba Comín su postura abierta y crítica, pero en manera alguna resignada o sincretista, pues ya he indicado que la radicalidad de su fe cristiana y de su fidelidad a la clase obrera le impedían todo pragmatismo pastelero?

La posición de Comín enlazaba con aquellos nombres de significado más cálido y humano en la tradición comunista italiana: especialmente con Gramsci y con Lombardo-Radice, quien confesaba tener en su partido una posición semejante a la de Comín (aunque no participara de la fe de Comín, sabido es el profundo respeto de Lombardo-Radice por "ese pequeño absoluto" que es la persona humana, así como por el Evangelio ¡y por la misma Iglesia!). También habría que situar a Ernest Bloch entre los autores más leídos por el Comín más maduro.

Pero sería injusto si no evocase la figura de Louis Althusser como uno de los autores que paradójicamente más propició la apertura y el antidogmatismo doctrinales. Digo "paradójicamente", porque sabido es que Althusser se presenta a sí mismo como marxista no-humanista. Ello no quiere decir en modo alguno que Althusser se presente como portador de un mensaje in-humano o anti-humano. Quiere decir, simplemente, que para dicho autor se da una profunda evolución en el mismo Marx a partir de 1844: Mientras el Marx joven hablaba de la "esencia del hombre", de su "conciencia", de su "subjetividad" y "libertad" —mientras el Marx joven hablaba en términos del idealismo humanista, dirá Althusser— he aquí que a partir de 1844 va a producirse una verdadera ruptura y una gran novedad en el pensamiento de Marx; novedad total incluso respecto del materialismo de Feuerbach que no dejaba de ser idealista-hu-

manista. A partir de 1844 el nuevo utillaje “no humanista” sino “científico” (objetivo y no centrado en la subjetividad) de Marx será el siguiente: Por una parte los *conceptos teóricos* en los que se basa el *materialismo histórico*: modo de producción, infraestructura, fuerzas productivas, relaciones sociales de producción, supraestructura, derecho, estado, lucha de clases, determinación de la realidad humana en última instancia por la economía, etc. Por otra parte, se añaden a estos conceptos teóricos, las *categorías filosóficas* sobre las que se basa el *materialismo dialéctico*: primado de la materia sobre el pensamiento, primacía del objeto real sobre el conocimiento del mismo, distinción entre el proceso real y el proceso del pensamiento, distinción entre ciencia e ideología, etc. Esta serie de conceptos y categorías van a dar lugar al Marx maduro, objetivo y científico —dirá Althusser— frente al Marx joven humanista.

Esta doctrina althusseriana lejos de conducir a un endurecimiento teórico-práctico ha propiciado de hecho una apertura crítica. He aquí, modestamente, cuatro factores que creo han contribuido a esta apertura:

● La afirmación de la “ruptura epistemológica” lleva a Althusser a precisar qué es lo científico y que es lo ideológico.

● El materialismo marxiano no postula la eliminación del nivel ideológico. Es más: la ideología es necesaria para proporcionar una imagen del mundo en que vivimos y para dar cohesión social a un determinado grupo humano. Más todavía: ella, bajo determinadas condiciones, puede contener un cierto conocimiento del mundo —esto es, determinados elementos científicos— aunque este conocimiento imperfecto de aquello que no es posible conocer científicamente no se sitúa ciertamente en el nivel de la ciencia. Reconocimiento, pues, de un espacio para la ideología, así como de la necesidad de la misma.

● Se ha introducido un método crítico en la interpretación del mismo marxismo. En efecto, algunas de sus afirmaciones que parecían científicas, podrían aparecer como ideológicas en la medida en que contrasten con la realidad, debido al primado que ostenta lo real como medida de nuestro conocimiento. Hay necesidad, pues, de someter a confrontación constante las afirmaciones o las conclusiones marxistas con la realidad de cada momento de la historia. (Por mi cuenta añadiría que para Althusser la realidad no hay que buscarla a partir del sujeto, sino a partir de la realidad de los modos de producción y de la

lucha de clases, y ello debido a que el filósofo francés no deja nunca de estar situado en la cultura estructuralista y no puede olvidar, por tanto, que son estas estructuras dinámicas el punto de partida del conocimiento de la realidad humana). Una búsqueda de lo real, por tanto, pondrá en evidencia los posibles aspectos ideológicos de la teoría y de la práctica marxista, por ejemplo, la absolutización del momento autoritario llevada a cabo por Stalin.

● La afirmación de que el marxismo no es un ateísmo, ya que el ateísmo es una ideología religiosa y el marxismo pretende ser ciencia. No sólo esto: como para Althusser es posible una valoración científica de las prácticas ideológicas (arte, religión, etc.), podría darse el caso —y así lo admiten pensadores comunistas influidos por el filósofo francés— en que se llegara a valorar científicamente la práctica “ideológica” de la fe cristiana como un factor social de cambio, dotado de potencial revolucionario.

Me he entretenido en este aspecto teórico porque es preciso decir, en el mejor de los sentidos, que Alfonso Comín fue un teórico del *movimiento obrero*, con el libro *España del Sur*, y del *sindicalismo* con sus numerosos estudios y cursos, algunos todavía inéditos; un teórico muy estimable que llevó la *crítica a la crítica marxista de la religión*, como ya hice notar en mi obra *Revelación de Dios, salvación del hombre*. Y esto con su talante cálido, tremendamente humano pero que no debe hacernos olvidar su rigor de análisis y de objetividad.

Esta trama cultural, a la que habría que añadir a su amigo y disidente Schaff, así como a Kolakowsky, permiten a Comín moverse con inteligencia crítica y con libertad en el partido, de la misma manera que su fe transparente y su insobornable esperanza a prueba de todo “desencanto” le llevaba a moverse con libertad, esto es con “pertenencia crítica”, en la Iglesia.

12. La tarde en que murió pensé que el Señor estaba muy cerca de la familia humana y de aquella familia que Alfonso y María Lluïsa habían forjado con esperanza, sangre y alegría. Aquella noche estábamos buscando un lema, un exergo, para el recordatorio. Hojeábamos los escritos de Alfonso y salió aquella frase que me saltó literalmente a los ojos como si ella quisiera imponer lo que en realidad había sido el testimonio de aquel hombre:

«Testimoniar allí donde parece más difícil y hostil hacerlo. Allí donde parece que la cultura contemporánea no siente ni el más mínimo interés por la Palabra. Allí donde las puertas parecen cerradas. Por ejemplo, en los partidos marxistas. Fuera del Templo y de los templos subsidiarios construidos por la institución. Pienso ahora en los hermanitos y hermanitas que visité en Cuba hace un par de meses y que se encuentran en una situación compleja y difícil. Testimonios silenciosos —esta es su elección, el silencio— en medio de la Revolución».

Esta es la cita completa, cuyas primeras líneas aparecen en los bellos recordatorios que nos avisan que a partir del 23 de julio de 1980 Alfonso Comín empezó a ver aquello que los ojos abiertos del Tomás Merton de su cabecera hacía tiempo que veían ya. Aquello que sin duda tiene tanto que ver con la "verdad de la vida" —con la afirmación de que no hay mayor amor que el de quien da su vida por sus amigos— que su visión es ya para Alfonso una entrada en la Verdad total. Una Verdad que se identifica con el Amor más grande.

Josep M. Rovira Beloso